

EL REGENERADOR.

PERIÓDICO OFICIAL.

UN REAL]

AREQUIPA SABADO 15 DE AGOSTO DE 1857.

[NUM. 58.

MINISTERIO GENERAL.

MANUEL IGNACIO DE VIVANCO,
JEFE SUPREMO DE LA REPUBLICA
Y GENERAL DE BRIGADA DE SUS
EJERCITOS &.

DECRETO:

Queda sin efecto el decreto de 7 de Febrero del presente año, por el cual se restablecía el derecho de exportacion sobre las pastas de plata.

Dado en la casa de Gobierno en Arequipa a 10 de Agosto de 1857—*Vivanco*—
El Oficial mayor encargado del despacho—
T Pacheco.

EL REGENERADOR.

Momentos hay durante la vida del hombre en que la fortuna se manifiesta risueña de tal suerte, que aprovechándose con el menor esfuerzo se eleva uno muy arriba de su propia esfera y afianza un porvenir tal vez superior al que habria atrevidose a imaginar: así en la vida de las naciones épocas se presentan, mas ó menos fugaces, en que, el menor sacudimiento social, abre ancho campo a un porvenir de paz, de orden y de progreso, rompiendo las cadenas del despotismo ó consumiéndose en su misma combustion devoradora la anarquía; y así como el individuo engolfado en sus pasiones suele pasar por alto esos momentos, desdeñandolos ó sin apercibirlos, las naciones tambien dejan de aprovecharse de esos días de crisis salvadoras, enajenadas en su propio entusiasmo ó esterilizandolas sus fuerzas bajo la influencia de la conmocion que las domina. El Perú despues de treinta y tantos años de guerras civiles desoladoras y sangrientas, que han estagnado, corrompido ó hecho retrogradar en su movimiento casi todos los elementos sociales, se halla a nuestro juicio en semejante estado supremo y puede por consiguiente de la anarquía horrorosa que lo ha puesto al borde del abismo, pasar sin mucho esfuerzo a la vida de orden, de paz y de progreso. En las actuales circunstancias bastaria la voluntad, pero la voluntad uniforme, de la mayoría de los peruanos, para romper, sin que por mucho tiempo volviera a anudarse, la cadena de guerras fratricidas y cosechar abundantes frutos de paz, utilizando la bondad de esos mismos elementos que las pasiones han convertido en rémoras de nuestra civilización. Si fijásemos la atención en la actualidad haciendo abstraccion de nuestros intereses y afecciones privados; si la apreciáramos bajo su verdadero punto de vista, no seria muy difícil sofocar el egoismo mezquino en obsequio a la ven-

tura nacional. Pero, desgraciadamente parece indispensable buscar en el fragor del combate, entre sangre y cadáveres palpitantes, la transición del desorden, de la inmoralidad, del vicio, de la opresion y de la anarquía, al sendero de la paz, de las virtudes cívicas, de la libertad y de la justicia, en gran parte dependientes de nuevas y bien calculadas instituciones patrias.—Veamos los hechos para continuar las reflexiones que nos sugieren.

Dos años de desaciertos de todo género; de odios enfurecidos y de venganzas ruines; de proscripciones, de confiscaciones y encarcelamientos injustos; de peculados, de agio, y dilapidaciones espantosas; de atentados continuos contra la propiedad privada, contra la libertad y contra el domicilio; de ataques violentos y repetidos a la prensa; de injurias inicuas contra el poder electoral, judicial y legislativo; de intrigas parlamentarias, de infamias y de traiciones procuradas con el mismo oro nacional; dos años de desenfrenada tiranía, enardecieron las pasiones amortiguadas en la Palma, conflagraron los ánimos del vencedor en proporción al encono y despecho del vencido, convirtiendo la República en un caos de horrorosa anarquía; dos años de iniquidades sin cuento ni medida, simbolizadas por un solo nombre, por la sola palabra *Castilla*, hicieron necesaria la *insurreccion*, como desde nuestra independencia hasta la fecha habia sido y es cada vez mas necesaria una verdadera *revolucion*. El mismo caudillo que por egoismo, por ambicion, por ignorancia, por ineptitud, por perdida instintiva, por odios entrañables, por venganzas feroces, por malignidad característica, habia sustituido el vicio a la virtud, la infamia al honor, la traicion a la fidelidad, el latrocinio a la pureza, trastornando los hechos y las costumbres bajo su influencia corruptora hasta trastornar tambien el significado de las palabras introduciendo un nuevo é incomprensible lenguaje; el mismo *Castilla*, que envaneido por una casual victoria, llevó su soberbia al extremo de no respetar personas, clases, ni jerarquías, haciendo alarde de despreciarlo todo y corromperlo todo, sobreponiendo su necio orgullo a los intereses, a la dignidad y a la honra de la Nación entera; el mismo *Castilla*, que no omitía medio alguno por infame y ruin que fuese para asegurarse en el poder, empujó a pesar suyo al ejército y al pueblo para que se levantasen y lo derrocaran. Así nació la *Regeneracion*, de las entrañas abrasadoras de la anarquía; entre las angustias y la desesperacion de la República.

Para que desde su nacimiento se presentase digna de la alta mision que debia llenar, exhibiéndose a la faz pública con sus correspondientes títulos, con el prestigio y con las garantías adecuadas, llamóse des-

de el destierro al mas noble y capaz de los peruanos, proclamándolo caudillo de las huestes destinadas a purificar la patria. Sonó el clarín de guerra y su eco repetido por todas partes conmovió uno a uno los departamentos aumentándose cada vez mas el número de partidarios y el entusiasmo. El pueblo Arequipeño que tuvo la gloria de iniciar la lucha dando el primer grito de *Regeneracion*, improvisó y armó a costa de no pocos sacrificios los primeros soldados que debia llevar al campo de batalla el estandarte revolucionario. La escuadra que acababa de secundar la proclamacion de Arequipa parecia destinada a conducir en triunfo el pequeño ejército hasta la Capital, donde con fundamento creíase que lo esperaban con los brazos abiertos para dar el golpe decisivo; mas no fué así. Lo que allá se nos aguardaba fué el desengaño, la decepcion, tras ella la calumnia y la intriga y de aquí siguieron mas tarde las desobediencias, las conjuraciones y sobre todo el estupendo poder de los cañones de Inglaterra empeñosamente procurados por *Castilla* para *aplastar la Regeneracion*. Como consecuencia natural de todo esto vino a estrellarse contra los puñales de la canalla de diferentes naciones enganchada por nuestros eremigos en el Callao y habria desaparecido del todo, traicionada por los mismos que le dieron vida, sin la presencia oportuna y la energía bienhechora del Jefe Supremo. Reducida otra vez a los estrechos limites de Arequipa, sitiada por un fuerte ejército, acosada de hambre, en agonias, para morir por falta de recursos, por consuncion, haciendo un esfuerzo sobrenatural, inaudito, heróyico, revivió la *Regeneracion* entre el estruendo de los cañones, con el prestigio del triunfo, llena de vigor y de fuerza, y ahora vivifica con la luz resplandeciente de la gloria conquistada en el campo de batalla, la fe, la esperanza, el entusiasmo casi perdidos en los demas pueblos del Perú.—Teniendo presentes todos los hechos que a la ligera hemos recorrido, fíjese la atención en el estado actual de Arequipa, compárese con la situacion de *Castilla* y podrá calcularse de qué lado están las probabilidades, lo que debemos prometernos de la lucha, si el triunfo ó la derrota, la *regeneracion* o la ruina de la Patria.

En el día la ciudad está fortificada y guarnecida como para resistir con ventajas un ataque de cuatro ó cinco mil hombres; los elementos de guerra se han aumentado y se aumentan; el ejército se disciplina y moraliza cada vez mas; puede reforzarse cuando las circunstancias lo exijan; las vias de comunicacion por donde se abastece la ciudad de viveres y otros artículos que necesita de afuera, están expeditos y no seria posible que el enemigo las interceptase, sino rodeandola toda, para lo cual ni seis mil hombres serian bastantes; lo mas esencial, el dinero indispensable para continuar largo tiempo en la posicion actual, ha dejado de ser un inconveniente, habiendo como hay lo necesario para subsistir con economía algunos meses mas, mientras se abren otras fuentes de recursos: tan cierto es esto, que la rebaja sobre derechos de Aduana que por lo apremiante de la circunstancias se habia aumentado, hace algunos días ha sido reducida al doce por ciento. Al paso que el Gobierno con medidas atinadas ha ido poco a poco mejorando su condicion y asegurando su estabilidad para lo sucesivo, el pueblo está contruido a sus trabajos habituales; todos los talleres están diariamente abiertos, el tráfico continúa, como en épocas normales, el

agricultor se consagra al campo, los arrieros transitan conduciendo mercaderías, las escuelas y colegios siguen sus distribuciones ordinarias, ni las fiestas públicas se interrumpen y aun las guardias nacionales están desacuarteladas, trabajando cada cual en su destino, hasta que se les anuncie la hora de salir con el fusil a repeler el enemigo. Cosa rara: desde que el General Vivanco está en Arequipa, apesar de tener a la vista un ejército y de batirse frecuentemente las avanzadas, como ha sucedido en los últimos días que han salido nuestras guerrillas una legua de distancia, a fin de proteger la desercion que diariamente sufre el enemigo y obligarlo a permanecer en movimiento fatigado y desalentado su acobardada tropa; de-de que está aquí el General Vivanco, apesar de los movimientos en apariencia hostiles del enemigo, no se han oido las campanadas de alerta que alarman la poblacion mas que una sola vez—*para salir a vencer en Yumina*. En vano San Roman antes y Castilla ahora, han pretendido acercándose y alejándose, provocar nos para que el pueblo se alarmase y fatigase inútilmente; entónces y ahora la tranquilidad ha sido inalterable, porque las campanas no han sonado y el pueblo lleno de confianza en su caudillo y convencido de la impotencia del enemigo y de su justo miedo, sabe que no hay peligro mientras no le le avisa. Esto significa—que el valiente arequipeño no pelea hoy por aficiones ni por entusiasmo del momento, como en otra ocasion ha tenido la desgracia de hacerlo alucinado, para que se tornase despues en verdugo de Arequipa, aquel por quien se sacrificara; esto significa—que ademas del amor vehemente que los arequipeños profesan al General Vivanco, tienen el convencimiento profundo de la justicia y de alta significacion social de la causa regeneradora, y no es preciso que empujen su instinto guerrero con arregos de adalacion, ni saliendo día y noche por las calles a enardecer en entusiasmo, para que estén como siempre están prontos a correr al lugar del combate. Verdad es que solo el General Vivanco, por quien ha e catorce años delira este pueblo, sacrificando su reposo, su bien estar y su sangre, ha podido conseguir que reine el orden y la tranquilidad pública al son de las trompetas y del alerta de guerra, frente a frente de los enemigos.—Por otra parte; la traicion entre nosotros, toda la esperanza de Castilla, segun él y sus palacios confiesan, es casi un imposible, desde que todos sin excepcion de clases ni sexos, están de centinelas y una gran parte son espías espontáneos y gratuitos que a la menor sospecha dan aviso al Jefe Supremo y si hay riesgo corren a las trincheras armados a defender el puesto. El Ejército, que tantas pruebas ha dado de fidelidad y valor está naturalmente enorgullecido con el triunfo, y aunque alguno hubiese capaz de traicionar no se atreveria estarlo por todas partes rodeado de guardianes celosos que asechan sus miradas para penetrar hasta sus pensamientos. En una palabra; Arequipa se sostiene y se sostendrá largo tiempo, hasta que el resto de la Nacion vuelva sobre sí, cozozca su peligro, la deshonrosa posicion a que un g bierno malhadado la ha reducido, saiga de su apatia, despiente del letargo en que yace, se conmueva, se agite y empuje a sus verdugos, presentándose a la luz del mundo como soberana, libre e independiente.

Para luchar contra tan formidable coloso, Castilla apenas cuenta con 1700 a 1800 soldados de todas armas, amedrentados al contemplar el aspecto imponente del pueblo arequipeño y con el recuerdo palpitante de Yumina; fatigados de tantas marchas y conta marchas; custodios los infantes como presos por la caballeria; relajada su moral; desertándose y viniendo a engrasar nuestras filas; en estado de desesperacion por la carestia y escases de viveres, no menos que por las continuas malas noches que pasan al raso por temor del asalto; con mas de 200 enfermos sin la debida asistencia; convencidos de que son impotentes para atacarnos; sin la suficiente es-

tension de terreno para permanecer en las cercanias, mudando como es preciso de campamento a medida que consuman el forraje del terreno que pisar; y así están obligados a continuar esperando refuerzo. Pero, en el tiempo que trascurre está el mortal peligro de Castilla; por que la capital se subleva, por que otros departamentos se sublevan y se desmorona el edificio. Sea de esto lo que fuere, de Lima no pueden mandar tropas, ni quieren quedarse indefensos y a merced de los conspiradores. La division Canseco, disminuida de 170 hombres que han llegado a la Capital, segun lo anuncian los periodicos y la correspondencia del Ministerio, y disminuida algo mas, por desercion, si hemos de dar fé a las cartas ultimamente recibidas, aunque venga, y no llegue tarde, no alcanzaria a competir un número capaz de atacar las trincheras. Oprimidos los pueblos con un reclutamiento violento, difícil de llevarlo a cabo, tampoco saldrá Castilla del apuro; con reclusas no se atacan y se vencen plazas fuertes; ni se improvisa al frente del enemigo un ejército de 5000 hombres. Es errando, se desalienta mas el soldado por que se convence con los hechos de que el triunfo es imposible, y el caudillo se desprestigia como inepto, como cobarde, como incapaz: tal es nuestro modo de jugar en el Perú. Agéguese a esto los precedentes de Castilla, su fama de farron, el recuerdo de que jamás acometió a su adversario, ni dispuso un plan de ataque, ni lo concibió, y que todo su arte militar se reduce a comprar traidores, de lo cual hace alarde en sus cartas publicadas, fundando en este inicio medio sus esperanzas; agéguese todo esto y se logrará formar idea de la falsa posicion en que se halla el sitiador de Arequipa. ¡Sitiador! y tiene "necesidad de nuestras vivanderas para comer algo mas que carne, que es lo único que tendrían sin este auxilio." ¡Sitiador, teniendo la mitad ménos del Ejército con que San Roman no pudo sostenerse en Yumina!

(Continuará.)

NUESTRA INDEPENDENCIA.

Vale bien la pena ciertamente de hacer uno el mayor esfuerzo posible para alegrarse hasta tocar en el entusiasmo mas loco el día de mañana, en que cumplimos nada menos que 36 años de una vida libre, feliz e independiente, marchando de progreso en progreso hasta el pináculo en que estamos, gracias a los que despues de San Martin y Bolivar, han conducido la patria al estado de civilizacion... moralidad... arreglo... union... crédito... dignidad... y riqueza que podemos ostentar sin ser desmentidos. ¡Cuanto hemos cambiado hasta en costumbres! ¡Qué esplendor por otra parte! ¡qué gloria! Pueblos rivales del Perú! ¡Venid a contemplar nuestra grandeza! Nada nos falta respecto a las naciones mas célebres. En clase de hombres, no tenemos que envidiar de menos ni a César, ni a Napoleon, ni a Robespier, ni a los Jibelinos, ni a Saint-terre tampoco. Tenemos sus imitadores y quizas exactas copias, al ménos así se llaman, así se nombran y presumen serlo. Venid a ver nuestra plaza exornada con tanta magnificencia. Así costará ello... porque nuestros presupuestos son profusos en todo ramo. Nada nos falta de las costumbres modernas; *moros y cristianos, diablos* y otras mogigantas testifican nuestro adelanto. Y todavia para colmo de nuestra gloria, nos trasladaremos a la carcel de Ayacucho para mostraros a un anciano abrumado de cadenas, humillado y ultrajado hasta la degradacion. Preguntareis si es Carlos 4.º ó Fernando 7.º ó alguno de los que

oprimió esta patria. No; es uno de los que le dió libertad—es el 1.º que hirió de muerte el año 21 al poder colonial ES EL GENERAL BUSTAMANTE, que puso a disposicion de la patria el temible batallon Numancia, cuya pérdida anudó a los realistas—*es Bustamante*, el que despues volvió a libertar el Perú de la ambicion y el despotismo de Bolivar. Ese es al que los patriotas de nuestros dias tienen arrojado como a una fiera feroz, gozándose en atormentarlo.

Os llevaremos a Casas Matas, y otros mil depósitos, y vereis en ellos otros veteranos y tambien jóvenes sufriendo la misma suerte. Preguntaréis la causa y no sabreis, sino que tuvieron una opinion. Reservado estaba, pues a los hombres de nuestros 3 últimos años de engrandecimiento, de moralizacion de revindicacion del honor nacional, de pureza, de economia, de luces, de justicia, de concordia, de reconciliacion &c. &c. manosear y profanar con infames cadenas hasta la santidad personal, de esos venerandos ancianos, monumentos de nuestra emancipacion—de esos que formaron esta patria que hoy representa la imájen de un cuerpo muerto cuyos jirones esangrientos devora un enjambre de cuervos, unos indijenas del lugar, y otros venidos de allende los mares del atlántico.

Y no hay esperanza—sigue el furor—la anarquía se atiza—porque la anarquía y la division ofrecen un lanquete suntuoso, un venero de explotacion—El orden y la paz que nacen de la union; son estériles para algunos—no ofrecen conveniencia, es orden y basta—Quien medra en la revuelta, quien surge en la tempestad revolucionaria, como saltan insectos extraños a la superficie de la tierra despues de un torrente de alluvion, no puede vivir sino de la revuelta, de la anarquía. Este es su elemento. La paz al fin es orden, y nada se pilla en ella.

Tipac-Avaro.
(Del Comercio de Lima)

GENERAL GUARDA.

Nuestros enemigos, acostumbrados a individualizar las cuestiones políticas, convirtiéndolas en cuestiones de personas, para descargar en estas todo el fuego abrasador de sus pasiones, de sus odios y venganzas, no han podido contenerse de herir a mansalva la acrisolada reputacion del General Guarda, con motivo de su viaje a Chile, olvidando ó haciendo que olvidaban su vida política, limpia de toda mancha y adornada con heroicos hechos de valor, con servicios honrosos y ejemplos singulares de patriotismo, que le sirven de escudo contra los dardos ponzoñosos de la maledicencia. Las cartas que nos complacemos en publicar a continuacion, absteniéndonos de hacer sobre ellas comentarios, prueban suficientemente que si el General Guarda, cediendo al imperio de las circunstancias, se separó de Arequipa en los conflictos en que nos pusiera la traicion de la escuadra, motivos poderosos tenia para tomar esa resolucion, y al marcharse dejó intacta su estrecha relacion de amistad con S. E. el General Vivanco y no faltó a sus compromisos políticos. Al testimonio intachable del Jefe Supremo, nada cree-

mos que es preciso agregar para que el público se persuada de la injusticia con que se ha pretendido manchar la reputación del General Guarda, atribuyendo su viaje a causas indignas de los sentimientos nobles que siempre ha dejado conocer en su larga y honrosa carrera militar.

Excmo. Sr. General D. M. I. de Vivanco.
Arequipa.

La-Serena: 2 de Agosto de 1857.

Mi muy querido General y amigo:

El encono de mis gratuitos enemigos, se ha complacido en cebarse de mi reputación, con motivo de mi venida a Chile, haciendo circular estudiosamente que he faltado a la amistad de U. y a mis compromisos políticos.

Si no tubiera hijos herederos de mi honor, bebería este trago mas, a que están sujetos en nuestro país, los hombres públicos que se consagran al servicio nacional; pero ellos reclamarían de mi silencio, y no me creo con fuerzas para añadir este sacrificio, a los que he prestado a mi patria con la abnegación que acostumbro.

Ruego a U. se sirva contestarme si he faltado en ninguna época a la amistad que nos ha unido, ni a los compromisos políticos que hemos abrazado.

Con los sentimientos de siempre, de amistad y respeto, me repito de U. atento amigo y seguro servidor—*Manuel de la Guarda.*

Sr. General D. Manuel de la Guarda.

La-Serena:

Arequipa Agosto 12 de 1857.

Mi querido amigo:

No me sorprende lo que U. me dice en su apreciable carta de 2 de los corrientes; algo habia llegado a mis oídos de esas murmuraciones hechas a U. por su marcha a Chile y algo he hecho por desvanecerlas. Ahora me es satisfactorio decirle en contestación a su citada, que ha tenido U. fundados y poderosos motivos para ausentarse por ahora de esta República; que lo ha hecho U. con mi consentimiento y sin que en ello me haya dado motivo alguno de queja; conservándose inalterable nuestra antigua y sincera amistad.

Por lo demas me parece inútil hablar a U. de sus servicios durante la campaña del Norte, cuando U. y todo el mundo sabe cuanto se los aprecio y agradezco.

Soy de U. mi querido General, afectísimo amigo y servidor—*Vivanco.*

AL PUBLICO.

Entre las comunicaciones tomadas al General D. Ramon Castilla en el Vapor del 31 de Julio ultimo, se encuentra una carta del Dr. D. Manuel Ortiz Zavallos, en que como es natural da parte de todos los acontecimientos que tienen relacion con la presente guerra civil, y entre otras cosas, dice al General Castilla lo siguiente.

"Por el vapor anterior recibí propuestas de los Oficiales y maquinistas de la "Apurimac" para entregar el buque en Panamá a disposición del Gobierno, si yo les aseguraba ciertas gratificaciones que ascienden a cosa de cien mil pesos; y aunque el conducto por donde vinieron las propuestas, no me

inspiraba mucha confianza, acordó el Consejo que se aceptasen puesto que no pidiendo nada adelantado, ningún riesgo se corría. Ha regresado pues el agente con instrucciones de avisar que el día 22 ha debido zarpas la Fragata de Islay para Panamá; y al mismo tiempo he recibido la carta que original incluyo a U. que corrobora aquel aviso. En su consecuencia, se embarcaron ayer el Comandante Garcia con el teniente Ferreyros y otro oficial en union del comisionado que enviaron los oficiales de la Fragata, y se ha encargado a Caveró, que vaya con ellos hasta Panamá, llevando los fondos necesarios que no se podían confiar sino a persona muy condecorada y espedita; y lleva instrucciones muy detalladas para ejecutar la comision sin aventurar un centavo, y tomar todas las precauciones necesarias. Bien puede ser que suframos un chasco; pero no hemos debido pecar de omision por un exceso de desconfianza."

Como cualquiera comprenderá a primera vista, el sentido de las frases del capítulo de carta anterior compromete la reputación de los oficiales de la fragata de guerra "Apurimac," porque los hace aparecer ante el público, como unos miserables traidores. Como individuo de esta corporacion, me creo en el deber de desmentir por mi parte la aventura y tan general aseveracion del Sr. Ortiz Zavallos, declarando: que, cuando me oí a prestar mis servicios a la causa iniciada por los pueblos en el mes de Noviembre último, estaba plenamente persuadido, como lo estoy al presente, de que los males de todo género de que era y es aún víctima mi patria, no podían terminar, si no se unían los esfuerzos de todos los ciudadanos que de cualquier modo pudiesen contribuir a la destrucción de la tiranía establecida por el G. Castilla: que siempre he tenido el convencimiento de que el honor y la lealtad son las primeras condiciones de la vida moral del hombre, y últimamente, que una conciencia para ser tranquila, es siempre superior a todos los goces de una existencia cómoda conseguida por medio del envilecimiento y la perfidia. Estas ideas, a las que siempre he arreglado todos los actos de mi vida pública y privada, tienen demasiada influencia en mi ánimo para que yo pretendiese ahogarlas, no diré por el mesquino estipendio de que habla el Sr. Zavallos, pero aun por la mas crecida riqueza.

Pero aun cuando esta sea una verdad incontestable, la serie no interrumpida de acciones deshonorosas, de que por desgracia somos testigos en nuestro país con tanta frecuencia, pudiera influir a creer que tales consideraciones no bastan para crearme incapaz de cometer la felonía de que el Sr. Zavallos nos acusa: lo desafío a que presente un testimonio que acredite mi connivencia en las ofertas que dice haberme dirigido; en la inteligencia de que, si así no lo hace quedo autorizado para calificarlo de infame calumniante. Seguramente con el fin de agradar al General Castilla y de manifestarle una actividad de que no es capaz, ha pretendido el Dr. Zavallos manchar vilmente mi pequeña reputación adquirida a costa de no pocos sacrificios; reputación que sabré sostener por todos los medios de que puedo disponer un caballero.

Concluiré haciendo al público la siguiente poderosa reflexión. ¿Puede concebirse que haya hombre en el mundo por corrompido que se le suponga, que habiendo despreciado con indignación, como lo hicimos nosotros, la oferta de 500 000 pesos hecha el 3 de Enero por el inmoral y degradado Gobierno de Lima para que se restituyese la Fragata a su obediencia, se resolviera a sacrificar su honra y a echar sobre sí el sello de la reprobación universal, solo por la insignificante cantidad de 100 000 pesos? Es creíble que, cuando la revolución estubo casi en el último período de su vida por la traición de algunos individuos, hubiese en mí y los demas Jefes y oficiales bastante fuerza moral para acompañarla hasta su término; y hoy que ha cambiado enteramente de aspecto, hasta el extremo de estar plena-

mente persuadido: del buen éxito que se le espera, nuestra debilidad sea tal que no podamos resistir a las tentaciones de un puñado de oro? Juzgo pues que estas solas consideraciones serán bastantes para desvanecer la temeraria y escandalosa inculpación del Sr. Zavallos, cuyo carácter de extranjero le hace mirar con tan poco interés la reputación y honra de los mas ardientes decididos patriotas.

Fragata "Apurimac" al ancla en Islay
Agosto 7 1857—*Parceimon de Echeandia.*

Comprometida mi reputación por el aserto que contiene la carta que dirije al General D. Ramon Castilla el Sr. D. Manuel Ortiz Zavallos, y que aparece publicada en el "Regenerador" del 6 del que corre, creo de mi deber manifestar al público, que jamás pospondré mi honor al deseo de disfrutar de una existencia cómoda, y que juzgo la aseveración del Sr. Zavallos destituida enteramente de fundamento, desde que es extensiva a toda la oficialidad de la fragata "Apurimac," y yo tengo la satisfacción de no haber señalado siquiera en cometer la villanía de que se nos ha creído capaces.

No era ya bastante el que se nos hubiera invitado por una comunicación oficial a faltar a nuestros sagrados juramentos, y que suscribiese esa tentativa un General que se dice Presidente del Consejo de Ministros de una nación civilizada; no, era menester ademas, que otro hombre que se halla al frente del Ministerio de mas difícil desempeño, ya que no puede borrar del catálogo de las naciones la que ha sabido prestarle las comodidades de que goza, procurase enlodar la reputación de sus hijos, echando sobre algunos pocos, que han dado clásicas pruebas de lo contrario, la nota de viles traidores. Estaba reservado al Sr. Zavallos, *natural del Ecuador*, hacernos tan atroz injuria, solo por el deseo de congraciarse con el mas infame de los tiranos.

Comencé al Sr. Zavallos a que justificase respecto de mi su miserable acusación, so pena de aparecer ante el mundo como un enemigo declarado de la honra ajena y digno servidor del Gobierno de la desmoralización y el vandalaje. Pruebe el Sr. Zavallos que yo he sido capaz de faltar a lo que debo a mi honor, y que estoy comprometido entre los que supone le han ofrecido entregar la Fragata. Mientras tanto, quedame la satisfacción de haber empleado por mi parte todos los medios que han estado a mi alcance para sustituir al Gobierno mas corrompido que ha podido pasar a la vista de los hombres, el de la libertad y de la pureza—*Enrique Espinar.*

Fragata "Apurimac" Islay Agosto 7 de 1857.

DOCUMENTOS INTERCEPTADOS.

Se divisaba ántes del 1º de Noviembre una revolución destinada a destruir el des-gobierno que los Convencionales y libertadores se afanaban en cimentar, acopiando solo el material de peligrosas innovaciones y dando de mazo a la buena fe y al respeto por la opinion, bases únicas sobre que descansan con firmeza los edificios sociales. Esa revolución generalmente presentida y ansiada, estalló al fin; y aunque circundada en su origen de ligeros auspicios, fué a poco detenida en su ensanche, ya por el empleo que hizo el Gobierno de Lima de todos los obstáculos que a su disposición pesieran la intriga, el oro, las bayonetas, la seducción y todas las malas pasiones llamadas a su servicio, ya por las dificultades que habia de tocar un nuevo orden de cosas, no predispuerto a manera de los golpes de Estado fraguados en largas lucubraciones, sino nacido del instantaneo aunque comun deseo de atajar los desbordes de esa administración que creyendo solo prodigar utopías, abia de parar por los diques que estaban retardando el empujamiento de lo poco que nos habian dejado en orden, en moralidad y en progreso.

La revolución combatida por tales elementos, se detuvo exánime y se sintió próxi-

ma a ceder la Nación al despotismo, que si por miedo a ella aparentaba todavía respetar algunas fórmulas, habría desplegado el fulgor de su ferocidad a la hora de encontrarse triunfante.

Esa postracion, sin embargo, era inaplicable y anómala respecto de la República entera; pues a decir verdad, harto había hecho el Gobierno por despertar el patriotismo y merecer la execración pública, capitaneando filibusteros, convocando y organizando expediciones piráticas, dilapidando escandalosamente la hacienda, abjurando todo sentimiento decoroso e hidalgo, ostentando la vileza en toda su desnudez, y sacrificando al fin la soberanía nacional. El canchalesco, la vigilancia de los opresores, el influjo aun vigente de los conifes de la Palma, el desaliento que acomete a los Estados cuando sienten cercano el aliento de la esclavitud, la incertidumbre de la lucha, los recelos contra una fortuna próspera por trece años. . . . no es fácil decidir si alguna de estas causas ó todas conflagradas, embargaban a los pueblos en medio del optimismo de sus postreras esperanzas. Mas lo cierto es, que el cambio social de todos eschelados, succumbía a la vista de todos, menos del pueblo arequipeño que confundido en su valor y en la santidad de su causa, había resuelto heroicamente sepultarse con la libertad y la independencia de la Patria.

Castilla desde la Capital, percibió la agonía de la revolución: temió que una ma no antagonista le arrebatase la fútil y manual gloria de rendir, humillar y castigar a un pueblo que creía indefenso, y con el sueño de que Arequipa, caída de su celebridad, cayeta ante su voz, voló al Sur, se guro de escribir como César tres palabras al Senado para anunciar su triunfo.

Era preciso que algún acontecimiento prodigioso, al paso que devolviera esta soberbia y abatiera los planes de la refinada astucia que por largo tiempo se hallado en el Perú la *estrella de Castilla*, viniese a despertar el civismo, dar nueva energía a la revolución, fijar la vacilación pública y borrar el barniz que encubría la carcoma del trono dictatorial. La Providencia quiso otorgar ese fausto y extraordinario acontecimiento en la batalla de Yumina, batalla gloriosa, ante la cual har permanecido las miradas de los pueblos, absorta é incógnita, pero cuya importancia comienza a apreciarse en sus consecuencias, a pesar de cuanto se ha hecho para mantenerla oculta.

La prensa de la Capital movida por el oro, ha disimulado hasta mas no poder, el golpe en que San Roman, mal que les pesa a nuestros enemigos, perdió en posiciones insuperables, mas de dos mil de los tres mil quinientos soldados, que en espresion de las comunicaciones oficiales y privadas de aquella fecha para pulverizarnos. Fácil fué conservar la incertidumbre en los primeros momentos por lo extraordinario de tan osado ataque y porque entre nosotros, las victorias no lo parecen sino cuando son decisivas. Pero los resultados están ya esparciendo sobre Yumina una esplendidez que acabará por convencer toda incredulidad, y ante la cual quedará trasparente el velo que oculta la debilidad del Gobierno de Lima y los síntomas de su inevitable fin.

El propio testimonio de sus sostenedores, conseguido en las comunicaciones interceptadas que han visto la luz pública, certifica el inmenso cambio de la situación desde aquella memorable victoria. Castilla y sus legiones aterradas, el Consejo de Ministros y los Convencionales, deploran acordes el riesgo que los amaga, y en vez de abate-mas de proscripción y matanza balbucean apenas reerminaciones entre sí, fases solapadas de filantropía y de horror a la sangre que treinta días antes habrían bebido hasta embriagarse.

Castilla prevenido a pisar a Arequipa y a enarbolar en su plaza rendida el látigo de una inexorable venganza, expía ahora en los arrebatadores de Quechuá y Socaba ya los desbordes de su orgullo. Muerde la impotencia que allí lo enclava. Busca y no

encuentra las numerosas huestes con que contaba cuando dijo a la Convención del Ejército esta elevada al pie que designaste." (1) Trata de reorganizar sus restos, de refundirlos, de darles aliento. Llaman en su auxilio la División de Lima, mandando que la de Ayacucho ocupe la Capital y bla fama al mismo tiempo porque ésta no ha venido en alas de los vientos. Dirige al mas protegido de sus deudos fratricidas palabras. (2) Regala al Consejo de Ministros y a los Convencionales otras no menos dignas de los que tienen el grado de gobernantes y la efectividad de siervos. (3) Desvía sus fondos señados corromper la lealtad arequipeña. Brama al hallar trocado el premio de laureles é incienso que embellecieron su viaje de la Capital y al ver desmoronarse piedra en pos de piedra la dictadura vitalicia que estaba construyendo. Este es el infierno en que se quema, y de paso sea dicho, este infierno habría sido el suplicio de todos los días de su carrera pública, si la ciega fortuna no hubiera derramado en su tránsito las mas prosperas casualidades, porque, preciso es no infortunarse, sus altos merecimientos no jiraron jamás sobre otro eje que el atolondramiento y la intriga.

Y esta situación violenta en que se vé empotrado, ni es ciertamente susceptible de mejora, ni capaz de variación, atendido el desconcierto en que empiozan a caer los planes que le servían de sostén. La desercion y la peste diezman sus batallones diminutos, los recursos se agotan, los es, empujados extranjeros recusan aumentar la cifra espantosa de sus suministros (4), la conducta inflexible de los histrones políticos empieza a inclinarse contra el lado por donde se percibe el viento de la adversidad, el aparato de Gobierno que alucinaba la inocencia de los pueblos vacía y se desconcierta, la desconfianza ocupa el lugar que antes se sentaba la adoración a la fortuna del Dictador, el espíritu popular se reanima, nuevas conspiraciones robustecen este sacudimiento, y el embate de todos los elementos contrarios rodea como un mar borrascoso la nave harto destrozada de la desmoralización y el despotismo.

Entre tanto Arequipa fuerte con su entusiasmo y sometida a la benéfica y sabia dirección de un Jefe digno de ella, mira con calma los esfuerzos de su enemigo, y con desdén sus inútiles tentativas de seducción ó ataque. Sigue de vencer triples fuerzas de las que tiene sitiadas en la cumbre de sus colinas inmediatas, disfuta de una tranquilidad verdaderamente asombrosa, y sus ocupaciones ordinarias siguen a vista de los enemigos con el mismo orden que en los tiempos mas hondas. El patriotismo de todas las clases sobreviene con esmero a las necesidades del Ejército. Nada en fin hace falta desde que sobra la resolución y el civismo. Han estado testimonio las comunicaciones interceptadas que aunque escritas por plumas enemigas, no pueden dejar de rendir un tributo de admiración al heroísmo del pueblo Arequipeño, a la constancia del Ejército y a la lealtad del "Anurimac."

Pero si Arequipa ha desplegado en todo tiempo una decisión incontrastable y tanto mas sólida cuanto nacia de su buen sentido y anhelo por la prosperidad pública, su espíritu guerrero esta vez se ha refinado y enaltecido de un modo excepcional. Quieto, reposado y silencioso tiene el entusiasmo del convencimiento y no el de la exaltación. Adopta sus resoluciones con la seriedad de la fortaleza, pero no las ejecu-

(1) Ocho mil soldados.

(2) "Que ese General, dice, sea ménos posma si no quiere que lo fusile"

(3) Me alegaría, dice, en la misma carta, que las primeras cabezas que rodaran en otra revolución que haga Castilla y Caravello fueran las de UU y las de los Convencionales para que no miráran con paños tristes.

(4) Cerca de seis millones (6 000 000) proporcionados en un semestre por una sola de las casas consignatarias del huano, fuera de las otras contratadas y de los ingresos ordinarios.

ta sino cuando la voz de su Jefe les dá la aprobación. Se ha consiliado el poder popular con la obediencia a la autoridad y este consorcio fundado en el afecto y estimación reciproca del Jefe hacia el pueblo y de este hacia su jefe: ha morigerado los arranques de la multitud y dirijidos a solo los buenos y nobles fines que constituyen el fondo de la capacidad y honradez de su intachable caudillo.

En vano la posesión de la calumnias intenta manillar estas virtudes públicas del Pueblo Arequipeño: en vano la comunicación interceptada, que se iba a su vez patriótico el colodido de una exaltación desbordada: en vano se le trata de exhibir obrando sin freno ni dirección, pudiendo cabezas de traidores, disponiendo arbitrariamente de su fuerza militar. Si se encona en contra de la vileza, si aúna el combate, si se afana por reeser nuevos laureles; ocurre respetuoso a su Jefe, y una palabra suya lo alza hasta el arroyo, ó calma instantáneamente sus arrebatos patrióticos. Ambos se conocen y hallándose dignos el uno del otro, se empeñan en no atacar el puesto que la ley ha señalado a cada uno de ellos. Son por eso invencibles y están asombarando al Perú con su heroísmo.

Barbados los proyectos de infidencia y traición, que como último recurso empleaba contra esta formidable resistencia, la integridad y pureza del G. Castilla, sus miradas bagaban sin dudar cainano para seguir sosteniendo su poder, ó al menos para coherrestar la ruina de su prestigio, herido de muerte con la inmovilidad a que está condenado. Entonces la voz de su Médico, (5) con una ingeniosidad digna de aprecio, pronunció en un brillante la palabra *conciación* que fué recibida por él como la única receta a que podía echar mano en la gravedad de su dolencia política. La reconciliación, la humanidad que acaso nunca habían visto las cabezas de su alma, fueron en ella hospitaladas con mentido halago y puestas a la órden del día, no ciertamente para darles el debido culto sino para hacerlas servir de arma encubierta y afiada contra los mismos culpados. Castilla apuñalando la filantropía y exhibiendo estacionario solo por no derramar la sangre arequipeña, ha dado la mas ridicula disculpa de su inacción, sin conseguir otro fin que demostrar hasta donde se son indiferentes los estímulos de la virtud, y como los empuja sacrilegamente en el ejército de sus manos. Por dicha seran muy pocos los que abundan en credulidad, hasta el extremo de otorgar fe a su hipócrita comiseración, y muchos los que descubrirán las garras por debajo de la piel de mansedumbre con que trata de cubrir su impotencia.

Mas en resumen ¿se espera fundada sostiene su critica situación ó apoya su empeño de restablecerse? Nada, absolutamente nada. Sus comunicaciones y las de sus compañeros de destierro, van a dar al Perú exacta idea de su decadencia y proxima ruina. Ellas revelan la debilidad, el desconcierto y la mas completa desesperacion. Los fusos amigos buscan nuevo rumbo en el mar, bien surcado por ellos, de la intriga. Los refuerzos se detienen entre los movimientos reaccionarios que aseman su cabeza en la Capital, en Ayacucho y en todo el norte. El desaliento cunde en sus pocos sostenedores consentientes, y el ejército de *volas, desmoralizados y cobardes* permanece encadenado contra los muros de la invencible Arequipa, para que el Perú todo, libre de zozobra, secunde la regeneración y oprima a los tiranos.

(5) Dr. Corpancho.

A última hora.

Hoy han sido tomados prisioneros y conducidos a esta ciudad, catorce guerrilleros con sus respectivas armas y municiones, que habia destacado el enemigo.